

El latín y la ley de la penúltima: un paralelo en irlandés

Tomás FANEGO

RESUMEN

En este artículo intento establecer una nueva aproximación a la realidad de uno de los asuntos más controvertidos de la Lingüística Latina, como lo es la posición del acento en latín preliterario. En esta ocasión el intento tiene una base tipológica: la comparación de los patrones acentuales de la lengua de Roma con los de los dialectos irlandeses de Munster.

SUMMARY

In this paper I try to establish a new approach to the reality of one of the most controversial topics of Latin Linguistics, such as the accent position in pre-literary Latin. On this occasion the attempt is made on a typological basis by the comparison of the accentual patterns of the language of Rome with those of Munster-Irish dialects.

1. Introducción

El propósito de mi trabajo es establecer la comparación tipológica entre dos lenguas genéticamente cercanas en función de un determinado rasgo lingüístico, todo ello con la intención de que las tinieblas que parecen presidir los primeros momentos de la evolución de una se disuelvan con la luz de los datos que nos ofrece la otra. En este caso, las dos lenguas en cuestión son el

latín y el irlandés¹ y el fenómeno objeto de comparación es la evolución de la posición del acento experimentada por ambas. Quede claro que, mientras que en el irlandés la metatonía se deja estudiar en época plenamente histórica y puede, incluso, trazarse un diagrama corográfico de isoglosas sobre el mapa de Irlanda, en latín, por el contrario, no pueden hacerse sino conjeturas de cuál fue probablemente su posición en tiempos anteriores a la aparición de sus primeros testimonios escritos². Ésa es, precisamente, la intención que dirige estas páginas: con la ayuda de los datos que nos brinda una lengua hablada y cambiante establecer, como aproximación al problema desde una nueva perspectiva, el proceso evolutivo que sufrió la posición del acento en una lengua que, al menos en el sentido estricto de la palabra, ya no está viva. De ningún modo cabe pensar, sin embargo, que los detalles del proceso en irlandés sean intercambiables o, por usar un término más expresivo, 'ajustables' a la fuerza en latín. No hay que olvidar que en el acento latino histórico tenemos ya el último estadio del proceso de metatonía perfectamente consolidado³ y en el irlandés el fenómeno no pasa de ser una fuerte tendencia (con un origen, eso sí, definido) que se va extendiendo progresivamente en función de dos ejes: el diacrónico (o histórico) y el diatópico (o dialectal). Por otro lado, el paralelo no es absoluto y tiene, como se verá en su lugar, ciertas limitaciones.

Pero, antes de exponer los hechos tal como se presentan en ambas lenguas para poder compararlas y extraer las conclusiones pertinentes, me parece necesario hacer mención del método de la comparación tipológica (frente a o al lado de otras comparaciones) así como de los supuestos sobre el carácter⁴ del acento latino que tan decisivos parecen a la hora de resolver la cuestión de su posición en época preliteraria⁵.

¹ De no especificarse lo contrario, por irlandés ha de entenderse irlandés moderno. Cuando sea necesario se hablará de irlandés antiguo o medieval.

² Lo cual no quiere decir que la metatonía ya se halle presente en ellos.

³ Dejo dicho desde el primer momento que defiendo la hipótesis, con algunos detractores en los últimos años, del protosilabismo acentual del latín prehistórico con los matices que expondré más abajo.

⁴ Término que me parece preferible a 'naturaleza' o 'esencia'.

⁵ Me refiero, claro está, al tan traído y llevado problema de la contraposición —irreal, a mi juicio— acento musical / acento intensivo.

2. Lingüística tipológica / lingüística comparada

Dos son los tipos básicos de comparación que se pueden establecer entre dos o más lenguas, a saber, la comparación genética y la tipológica⁶. Cada una de ellas responde a un método y a una intención diferentes. Si en la primera lo que se pretende conseguir es la reconstrucción de un estadio lingüístico anterior a ambas (o a las tres, cuatro, etc, si es el caso) que suele denominarse 'lengua madre'⁷, de la cual habrían nacido, por escisión, las distintas lenguas históricas o documentadas y genéticamente relacionadas entre sí, en la segunda, por el contrario, el interés se centra en la comparación de determinados rasgos lingüísticos, hecha abstracción de la historia, que comparten lenguas emparentadas genéticamente o no. De esta manera llegan a establecerse tipos interlinguales o 'universales' en cualquiera de los niveles gramaticales que se estudien: lenguas con un triángulo vocálico de tres elementos frente a otras con cinco vocales (o con una estructura cuadrangular o pentagonal), lenguas con tres géneros frente a las que tienen sólo dos o con dual frente a las que no lo tienen, lenguas con orden sintáctico SVO frente a otras de orden SOV (o VSO), lenguas con acento fijo inicial frente a otras de acento fijo final (o libre, incluso), etc.

Para alcanzar sus propósitos, cada clase de comparación se sirve de un método que también difiere del otro. Así, mientras que la llamada genética estudia la evolución de determinadas características en sentido ascendente, remontándose al pasado y, por ello mismo, atendiendo a la historia de las lenguas comparadas (gramática histórico-comparada, de aplicación fundamental en la reconstrucción del IE), la tipológica se dedica a la clasificación de las lenguas a partir de las semejanzas o divergencias que presentan entre sí, haciendo caso omiso de la historia⁸.

⁶ A las que puede añadirse la lingüística areal o geográfica, que, en rigor, se aplica siempre a las lenguas genéticamente emparentadas.

⁷ Que no es, por lo general, una lengua conocida. En el caso concreto de las lenguas neolatinas, por ejemplo, lo que se pretende hallar es esa fase en la evolución del latín llamada 'protorromance'; v. V. Väänänen, *Introducción al latín vulgar*, trad. de M. Carrión, Madrid 1988³, p. 29. De ahí el interés por la reconstrucción a partir de sus descendientes directos y los testimonios en lenguas de otros grupos en contacto con la latina; v. C. Tagliavini, *Orígenes de las lenguas neolatinas. Introducción a la filología romance*, trad. de J. Almela, México 1973, p. 303.

⁸ Véanse al respecto W. Dressler, «Sprachtypologie», en P. Althaus, H. Henne, H. E. Wiegand, *Lexicon der germanistischen Linguistik*, Tübinga 1973, p. 470, y J. Marouzeau, *Lexique de la terminologie linguistique*, París 1951³, p. 234.

Con estas premisas podría entenderse que ambos métodos son irreconciliables y que uno ha de decidirse por cualquiera de los dos de forma exclusiva⁹. Sin embargo, como suele suceder en lingüística, la contraposición no es tan grande ni tan insalvable y puede llegarse a un punto de virtuosa medianía que resulte más provechosa a los intereses de quien pretende reconstruir, para una lengua determinada, un estadio lingüístico anterior a sus primeros documentos escritos, mediante la confrontación con los hechos de otra lengua de la que se sabe con certeza el punto de partida del cambio sufrido. En otras palabras: la tipología puede ser diacrónica, esto es, pueden estudiarse la evolución y el cambio históricos de diferentes modelos tipológicos que se suceden en el tiempo, del mismo modo que la fonología diacrónica estudia los cambios producidos en el sistema fonológico de una lengua concreta, sin que haya verdadera oposición entre los conceptos de 'estructura' e 'historia', sino, más bien, una superposición. La sucesión de dos tipos lingüísticos (en relación con la posición del acento, en el caso que nos ocupa) en la lengua **A** puede servir de ejemplo —con las reservas justas— para averiguar la pieza que falta por conocer en la historia de la lengua **B**. La frecuencia tipológica de tal o cual fenómeno en distintas y diversas lenguas, sin relación genética evidente, sería un argumento perfectamente válido para explicar una etapa oscura en el desarrollo de otra que compartiese trazos evolutivos paralelos.

Por otro lado, si bien es cierto que unas tendencias tipológicas comunes no implican necesariamente que las lenguas que las comparten tengan un origen común más o menos cercano¹⁰, no obstante, parece claro que estos tipos que se repiten en dos lenguas de ascendencia única corroboran los datos aportados por la comparación histórica de su léxico y de su inventario fonético o morfológico.

Por ello, de vuelta al tema de este trabajo, tras los intentos de Allen y Halle-Vergnaud¹¹ de demostrar la relativa frecuencia tipológica del característi-

⁹ A. Bernabé, «Tipología frente a reconstrucción: la hipótesis glotámica», *RSEL* 18 (1988) 357-71.

¹⁰ Como advierte M. Ruhlen, *On the Origin of Languages. Studies in Linguistic Taxonomy*, Stanford 1994, p. 273: «The fact that the Indo-European sex-gender system is not cognate with gender systems in other families does not imply that gender has not been a genetically transmitted trait during the history of Indo-European. (...) there is a greater genetic component in typology than has previously been assumed.»

¹¹ W. S. Allen, *Accent and rhythm. Prosodic features of Latin and Greek: a study in theory and reconstruction*, Cambridge 1973, pp. 155-8; del mismo autor «Some reflections on the 'penultimate' accent», *ICS* 8 (1983) 1-10; M. Halle, J. R. Vergnaud, *An essay on stress*, Cambridge Mass.-Londres 1987, pp. 45 s. y 99.

co acento latino por comparación con otras lenguas que no presentan gran proximidad genética con él (inglés e hindi) o ninguna en absoluto (árabe clásico, árabe cairota moderno, y —con un matiz en el caso de que la penúltima sílaba sea breve— el *aklan*¹²), me parece interesante dejar constancia de la existencia de una lengua que presenta dos ventajas sobre las citadas. Por una parte, el irlandés se nos muestra como una lengua con un primer estadio acentual bien conocido, en la que la posición del acento presenta una tendencia al cambio que, con inicio en los siglos XII y XIII¹³, llega a su afianzamiento a mediados del XVI (esto es, entre finales del irlandés medieval y comienzos del moderno) de acuerdo con un reparto dialectal claramente definido. Por otro lado, es innegable que tiene con el latín un parentesco más cercano que las dos susodichas lenguas indoeuropeas.

En efecto, a pesar de los recelos que algunos estudiosos muestran respecto a la unidad italo-celta e, incluso, sobre la unidad de las lenguas itálicas, que compartirían características lingüísticas debido no a un origen común, sino como resultado de un prolongado contacto ya en suelo itálico¹⁴, la mayor parte de lingüistas parece estar, en mayor o menor grado, de acuerdo con la tesis de que las lenguas itálicas (básicamente latín, osco y umbro) y las celtas (bretón, galés y córnico en el grupo britónico, y manés, escocés e irlandés en el grupo goidélico o gaélico) tuvieron, de una forma u otra, un claro parentesco.

Tanto si se atiende a la hoy obsoleta propuesta tripartita de Walde¹⁵, representable en el diagrama



que su autor estableció en función de unos rasgos tales como son la presencia de *-r* pasiva, la característica de futuro *-bh-* y el diferente tratamiento de las sonantes nasales y de las labiovelares, como si se cree, con Lejeune¹⁶,

¹² El *aklan* o *aklanon* es una lengua perteneciente al grupo meso-filipino.

¹³ Según T. F. O'Rahilly, *Irish dialects: past and present*, Dublín 1932, p. 87.

¹⁴ Es, por ejemplo, la postura de G. Devoto, defendida en dos de sus obras más importantes: *Storia della lingua di Roma*, Bolonia 1944 y *Gli antichi Italici*, Florencia 1951².

¹⁵ A. Walde, *Über älteste sprachliche Beziehungen zwischen Kelten und Italikern*, Innsbruck 1917.

¹⁶ M. Lejeune, *La posición del latín en el dominio indoeuropeo*, trad. de C. A. Ronchi, Buenos Aires 1949, p. 42: «Muchos hechos latinos considerados innovaciones en paralelo con el celta son ahora tratados como vestigios de un pasado lejano».

que el grupo itálico y el celta representan una forma arcaica del IE, hecho que se verifica, además, aplicando las normas areales de la lingüística geográfica, queda claro que entre el latín y el irlandés¹⁷ hay más puntos de contacto que entre cada uno de sus grupos con otro cualquiera de la familia del IE¹⁸.

Además, si atendemos a las opiniones de los expertos en celtística, contando con las lógicas reticencias¹⁹, podremos llegar a la conclusión de que latín e irlandés —que son las lenguas que aquí me interesan— tuvieron en un momento, tal vez más lejano de lo que hasta ahora se ha venido creyendo, una relación de afinidad lo suficientemente grande como para pensar que, si los otros grupos de lenguas son como parientes lejanos, éstas son primas hermanas²⁰.

3. ¿Acento musical o acento intensivo?

Tal vez podría parecer fuera de lugar dedicarle al asunto que queda implícito en la pregunta del epígrafe un espacio en un trabajo que se supone interesado en aclarar cuál fue la posición del acento en la prehistoria de la lengua latina. En realidad, no debería tratar un tema tan problemático, de no tener cierta importancia en el desarrollo de la exposición tal como la he con-

¹⁷ Que es, en rigor, la lengua de la que se escindieron, hacia el siglo XVII, el escocés y la lengua de la isla de Man, hasta entonces meras variantes dialectales de una misma lengua llamada por sus hablantes *Gaedhilge*.

¹⁸ V. el capítulo tercero de A. Meillet, *Historia de la lengua latina*, trad. de F. Sanz-C. Rodríguez-A. M. Duarte, Reus 1980², pp. 10-27. Interesantes son las palabras del mismo autor en *Les dialectes indo-européens*, París 1908, p. 33: «Avant l'unité italique il y a eu une unité plus lointaine encore et **plus malaisément saisissable**, l'unité italo-celtique» (la llamada de atención es mía).

¹⁹ Contra la hipótesis de la unidad italo-celta pero en defensa de un contacto antiguo entre ambos grupos v., recientemente, L. Bednarczuk, «The Italo-Celtic hypothesis from an Indo-European point of view», en G. W. MacLennan (ed.), *Proceedings of the first North American Congress of Celtic Studies*, Ottawa 1988, pp. 175-90.

²⁰ W. Cowgill, «Italic and Celtic superlatives and the dialects of Indo-European», en G. Cardona-H. M. Hoenigswald-A. Senn (eds.), *Indo-European and Indo-Europeans*, Filadelfia 1970, pp. 113-153, en especial p. 143: «...when Italic and Celtic were closer to each other than either was to any neighbouring dialect of which significant material has survived»; v. también K. H. Schmidt, «The Celtic Languages in their European Context», *Proceedings of the Seventh International Congress of Celtic Studies*, Oxford 1986, pp. 199-211, especialmente p. 211: «The Celto-Italic correspondences surpass the Celto-Germanic ones both in age and in depth».

cebido. ¿Problemático o problematizado? Diré, parafraseando a Ballester, quien a su vez parafrasea a Liénard²¹, que éste es el verdadero *locus desperantissimus* de la filología latina. Nótese que digo ‘filología’ y no ‘lingüística latina’, porque, como se podrá ver más abajo, el tema ha sido tratado y maltratado desde puntos de vista más filológicos que estrictamente lingüísticos, como muy bien observó ya A. Sommerfelt²². Lo cual supone un empeño excesivo por parte de una disciplina que en este caso únicamente puede colaborar con los datos, siempre ponderables en su justa medida, que aportan algunos textos.

Pero, puesto que el carácter ya intensivo ya musical del acento latino se ha empleado generalmente como apoyo para sostener, en el primer caso, la hipótesis de su posición inicial absoluta en el latín preliterario y, en el segundo, para rebatirla²³, creo necesario dedicar unas líneas a exponer lo absurdo que entraña semejante dicotomía, tan tajante como ficticia, para justificar, de paso, la ausencia de tales calificativos en los dos apartados posteriores. Para ello, comenzaré por hablar de las razones que la lingüística nos da en contra del espejismo de dicha contraposición, que por sí solas deberían resultar convincentes, y luego analizaré los argumentos que la tradición filológica ha venido usando para defender una u otra tesis.

3.1. Los testimonios de los especialistas modernos son numerosos. Los trabajos de fonética experimental (física y acústica) dedicados al estudio del acento, desde sus inicios con Rousselot y Grammont²⁴ hasta la importante monografía de Allen²⁵, pasando por los trabajos de Garde, Malmberg, Ber-

²¹ X. Ballester, «El acento latino según los antiguos», *Emerita* 58 (1990) 311-21, p. 311; E. Liénard, «Réflexions sur l'accent latin», *Hommages à M. Renard*, Bruselas 1969, I, 551-60, p. 560.

²² En su artículo «Quelques remarques sur l'accent du latin», *SO* 18 (1938) 84-8 advierte en las primeras líneas: «On voit assez souvent des philologues classiques discuter la question de la nature de l'accent latin comme s'il s'agissait d'un problème purement philologique... Il doit pourtant être clair que l'on se trouve ici devant une question de linguistique générale».

²³ Con la consecuencia de la formación de dos facciones de filólogos que la tradición ha dado en llamar ‘escuelas’ (la alemana y la francesa). Una nómina de los autores y obras que se inscriben en cada una de las corrientes hasta mediados de siglo puede verse en V. J. Herrero, *La lengua latina en su aspecto prosódico*, Madrid 1971, pp. 51-57.

²⁴ F. Rousselot, *Principes de phonétique expérimentale*, París 1923², pp. 1002-1005; M. Grammont, *Traité de phonétique*, París 1939², pp. 115-130.

²⁵ W. S. Allen, *Accent and rhythm. Prosodic features of Latin and Greek: a study in theory and reconstruction*, Cambridge 1973.

nardi Perini²⁶, Sommerfelt, Liénard, Trampe Bødtker, Gili Gaya y Quilis —aplicado al español—²⁷, unos comprobando los hechos con experimentos propios y otros haciéndose eco de éstos, han demostrado *ad nauseam* que la musicalidad y la intensidad son elementos concurrentes en el acento de cualquier lengua, y uno no acierta a entender por qué oscuro motivo la latina (o, si se me permite la osadía, la griega) ha de verse libre de tal principio, cuyo término opuesto es fisiológicamente imposible.

En efecto, los términos ‘acento tonal’ o ‘musical’ o ‘melódico’ sólo se pueden utilizar con todo rigor en el caso de las lenguas tonales asiáticas o africanas, en las que las distinciones de elevación del tono entre una sílaba y las demás o de diferentes tonos en una sola sílaba tienen carácter pertinente, es decir, distintivo. No es, pues, un tono fonético, sino fonológico. Por ejemplo, por no citar casos más conocidos como el chino o el vietnamita, en la lengua bantú centroafricana conocida como ‘lumasaaba’ hay dos tonos básicos (agudo y grave) y uno transitorio descendente (en vocales largas), que sirven para marcar distinciones gramaticales, según su distribución en la palabra: en *abone* ‘ver’, que se realiza fonéticamente [a:βo:ne], un reparto tonal /_ – /, es decir, bajo-alto-alto, significa ‘veía’, mientras que /- \ /, esto es, alto-descendente-bajo, equivale a ‘vio’. En este caso la diferencia es aspectual²⁸.

En otras lenguas —todas las europeas— la altura musical o la intensidad no son sino formantes que, en mayor o menor medida, se hallan en lo que llamamos acento, ambos simultáneamente²⁹. El hecho de que predomine un

²⁶ P. Garde, *L'accent*, París 1968, pp. 52 s.; B. Malmberg (ed.), *Manual of Phonetics*, Amsterdam 1968, p. 400: «We have seen that in a number of languages loudness, length, pitch and quality all play a part in the perception of stress and experimental studies will therefore have to be concerned with intensity, duration, fundamental frequency and spectrum with a view to determining their **relative weight** in given conditions». G. Bernardi Perini, *L'accento latino. Cenni teorici e norme pratiche*, Bolonia 1964, p. 3: «Oggettivamente, perciò, ogni accento è insieme intensivo e melodico; ma all'interno di una comunità linguistica uno solo di questi due elementi assume valore distintivo. L'altro viene anch'esso fisicamente percepito, ma non coscientemente valutato», es decir, lo fonológicamente pertinente frente a la realización fonética concreta, que es la que aquí me importa.

²⁷ A. Quilis, *Fonética acústica de la lengua española*, Madrid 1981.

²⁸ El ejemplo está tomado de G. Brown, *Phonological Rules and Dialect Variation. A Study of the Phonology of Lumasaaba*, Cambridge 1972, p. 9.

²⁹ Así lo indica claramente S. Gili Gaya en sus *Elementos de fonética general*, Madrid 1978⁵, p. 32: «La naturaleza de la voz humana hace que ambas se combinen más o menos... no puede haber lengua alguna cuyo sistema acentual sea exclusivamente tónico o intensivo. Hay que entender, por lo tanto, que al emplear estos calificativos nos referimos sólo al predominio de una u otra cualidad».

elemento sobre el otro no es significativo y, de poder hacer algo con verdadera precisión, debería establecerse una escala de intensidad y otra de altura con las que clasificar matemáticamente las lenguas en función de sus valores exactos, lo cual es absurdo además de inútil. Para ser justos, no parece que ambos componentes tengan el mismo peso exacto. Tras pasar revista a una serie de trabajos de fonética acústica realizados sobre lenguas europeas modernas entre las décadas de los 50 y los 70, Quilis llega a la conclusión de que de los tres factores que constituyen el acento (intensidad, duración y altura —que él llama frecuencia del fundamental—) es ésta última la que destaca como índice acentual, seguida de la duración y la intensidad³⁰. Y así, lenguas que han tenido tradicionalmente un acento intensivo parecen ahora ofrecer ejemplos de acento musical: el inglés, el francés, el noruego y el sueco e, incluso, el español³¹. Para ver hasta qué punto la tradición terminológica es capaz de confundir las ideas podemos tomar como paradigmática la situación del noruego. Un hablante nativo, lingüista por añadidura, como el ya citado A. Trampe Bødtker, describe su idioma como lengua de acento con inflexión tonal muy acusada de tipo ascendente (agudo) o descendente (circunflejo), con la particularidad de que la sílaba acentuada se pronuncia en un tono más bajo que la postónica inmediata. Sin embargo, unas líneas más abajo declara que el noruego posee un acento de intensidad muy fuerte³². A mi modesto entender no hay que ver contradicción en sus palabras y no resulta sorprendente que ambas afirmaciones se sucedan con tal proximidad. Simplemente se nos representa un acento de acuerdo con dos de sus elementos integrantes. Lo que sí resulta chocante es, precisamente, el empleo de la determinación 'de intensidad', que implica un uso absoluto del término.

3.2. Examinemos ahora los argumentos filológicos que han servido para defender la existencia de un acento exclusivamente musical o intensivo en latín y que afectan en parte también al griego. Básicamente, dos son los pilares en que se apoya cada grupo de eruditos de una u otra escuela: los tex-

³⁰ Quilis, *op. cit.*, p. 326. En las ocasiones en que la altura musical queda neutralizada (al susurrar) son la intensidad y la duración las que funcionan como marcas de acento.

³¹ H. Contreras, «Sobre el acento en español», *BFUCh* 15 (1963) 223-237 y «¿Tiene el español un acento de intensidad?», *BFUCh* 16 (1964) 237-239. Un resumen de las conclusiones a las que llega en su primer artículo puede verse en Quilis, *op. cit.*, p. 329. Para el latín, v. A. García Calvo, «Pequeña introducción a la prosodia latina», *EClás.* 2 (1953-54) pp. 117-130, 166-178, 234-258, donde el autor se muestra partidario del acento musical para el latín y pone en duda la intensidad inicial.

³² A. Trampe Bødtker, «L'accent grec et latin», *SO* 18 (1938) 56-83, pp. 58 s.

tos que hacen referencia al acento —que hablan en términos de altura tonal— y los efectos producidos por la intensidad inicial de éste en la fonética vocálica de las sílabas mediales y finales, respectivamente. Téngase presente que en la denominación ‘acento intensivo inicial’ los dos calificativos no constituyen unidad indisoluble y que bien puede hablarse de un acento inicial sin hacer mención alguna de su pretendido carácter intensivo o tonal.

3.2.1. Los defensores de un acento latino musical —la ‘escuela francesa’— tanto para el latín clásico como para el arcaico e, incluso, para el prehistórico, se sirven de dos razones en apariencia indiscutibles.

a) En primer lugar, aluden a los testimonios de los rétores y gramáticos latinos y a los términos mismos con que éstos se refieren al acento. Veamos los textos en cuestión.

Cicerón (*or.* 57-58) escribe lo siguiente:

Mira est enim quaedam natura uocis, cuius quidem e tribus omnino sonis, inflexo acuto graui, tanta sit et tam suauis uarietas perfecta in cantibus... Ipsa enim natura, quasi modularetur hominum orationem, in omni uerbo posuit acutam uocem nec una plus nec a postrema syllaba citra tertiam.

Unos capítulos más abajo (*or.* 173), en el conocido pasaje de la respuesta del auditorio ante un fallo en la prosodia de los actores, dice:

In uersu quidem theatra tota exclamant si fuit una syllaba aut breuior aut longior, nec uero multitudo pedes nouit... et tamen omnium longitudinum et breuitatum in sonis sicut acutarum grauiumque uocum iudicium ipsa natura in auribus nostris collocauit.

Ciertamente no hace referencia a la intensidad, fuerza o énfasis espiratorio de las sílabas acentuadas. Pero hay que tener en cuenta que de lo que se está hablando en ambos textos es del canto, es decir, de un hecho de habla (no de lengua) muy artificioso y especial, caracterizado más por la presencia y alternancia de duraciones e inflexiones tonales que de cimas intensivas.

Vitruvio, unos años más tarde, en *arch.* 5, 4, 2, hablando de la teoría musical a propósito de la construcción de teatros, expone:

Vox enim mutationibus cum flectitur alias fit acuta alias grauis, duobusque modis mouetur, e quibus unus effectus habet continuatos alter distantes. Continuata uox...uti sermone cum dicamus sol lux flos uox... quae ex acuta facta est grauis, ex graui acuta, apparet auribus. Per distantiam autem e contrario... et id ultro citro crebre faciendo inconstans apparet sensibus, uti in cantionibus cum flectentes uocem uarietatem facimus modulationis³³.

Habla aquí el técnico de la modulación de la voz sobre vocales largas con una acentuación circunfleja ascendente-descendente, es decir, con inflexión tonal (*flectitur*) agudo-grave, o lo que es lo mismo, tónico-átono. Pero hay que advertir de que el propio autor señala una diferencia entre latín hablado (*sermone*) y latín cantado (*cantionibus*), a saber, que en el primero la modulación tiene unos límites y es poco variada, y en el segundo la variedad modulativa es prácticamente ilimitada.

Quintiliano nos ofrece el tercer testimonio en 1, 5, 30-1:

Namque in omni uoce, acuta intra numerum trium syllabarum continetur,... Trium porro de quibus loquor media longa aut acuta aut flexa erit... Ea uero quae sunt syllabae unius erunt acuta aut flexa.

De nuevo alusión al tono agudo o circunflejo (modulado), sin hacer mención de la intensidad. El problema de estos textos reside en la falta de un análisis científico riguroso, que no se les puede pedir a sus autores por muy ilustres y competentes usuarios que fueran de su lengua latina. De todos es sabida la escasa exactitud terminológica que en cuestiones de lingüística muestran los escritores latinos cuando hablan de estos temas³⁴. Se critica, por parte de la escuela alemana, el que estos testimonios parecen reproducir servilmente la doctrina de los griegos. A mi modo de ver, no hay razón para creer en un acento diferente para el griego y otro para el latín. Los testimonios griegos son tan parciales como sus supuestos calcos romanos³⁵. Unos y

³³ El texto es paráfrasis del pasaje de Aristóxeno de Tarento (*Harm.* 1, 8-10).

³⁴ El empleo impreciso de *uox*, *sonus*, *littera*, *uerbum*, etc. es característico de los gramáticos y rétores latinos.

³⁵ Por poner dos ejemplos bien conocidos: Dionisio de Halicarnaso (*Comp.* 11, 58) dice: διαλέκτου μὲν ὅν μέλος ἐνὶ μετρείται διαστήματι πρὸ λεγομένω διὰ πέντε ὡς ἕγρηστα. «En efecto, la música del lenguaje se mide con un intervalo llamado 'de quinta' lo

otros tan sólo fijan la atención en la elevación tonal, pero eso no implica que no hubiese, tanto en latín como en griego, un incremento espiratorio simultáneo, del mismo modo que en el acento del alemán actual la cualidad que se toma en consideración es la intensidad, por más que todos (hablantes en general y lingüistas en particular) perciban, además, una agudeza mayor en las vocales tónicas que en las átonas. Esta disociación de altura musical y altura intensiva, llevada al extremo, produce ideas tan aberrantes como la de Vendryes —partidario del acento musical—, quien supone, para el latín prehistórico, un acento exclusivamente intensivo (sin componente tonal) que recaería sobre la primera sílaba acompañado de un acento musical (sin componente intensivo) que se situaría en la misma posición que en época clásica, ambos a la vez en cada palabra de más de tres sílabas del tipo *integritatem, incipere*, etc. Con esta postura de compromiso se explicarían los fenómenos de la historia del vocalismo latino, sin tener necesidad de renegar de la musicalidad acentual por él defendida³⁶.

b) El otro argumento aducido en favor de un acento musical es de tipo negativo. Y es aquí donde los conceptos de ‘intensidad’ y ‘protosilabismo’ parecen identificarse. Según la escuela francesa, es imposible que una oposición fundamental en latín como es la que se da entre vocales breves y vocales largas (o entre sílabas breves y largas, en poesía) se produzca en lenguas con acento intensivo. De ser intensivo el acento, habría una vocal larga (o breve) tónica frente al resto breve³⁷. Sin embargo, como es

más exactamente posible». Aristóxeno de Tarento (*Harm.* 1, 18, 11-15), por su parte, compara el habla normal con una melodía musical: λέγεται γὰρ δὴ καὶ λογιῶδες τι μέλος, τὸ συγκεῖμενον ἐκ τῶν προσωδίων τῶν ἐν τοῖς ὀνόμασιν· φυσικὸν γὰρ τὸ ἐπιτείνειν καὶ ἀνιέναι ἐν τῷ διαλέγεσθαι. «Pues precisamente se llama melodía del lenguaje la compuesta de los acentos de las palabras, porque es natural elevar y relajar (sc. la voz) en el hablar».

³⁶ J. Vendryes, *Recherches sur l'histoire et les effets de l'intensité initiale en latin*, París 1902, p. 11: «Toutefois cela suppose un mécanisme délicat de synergie musculaire dont le sujet parlant peut devenir incapable», palabras que despiertan en la imaginación de uno monstruos fabulosos con aparatos fonadores capaces de semejantes delicadezas sinérgicas. En la misma línea se encuentran las palabras de A. Juret, *Manuel de phonétique latine*, París 1921, p. 307: «L'accent étant une élévation de la voix, la syllabe initiale ne se distinguait pas des autres que par une certaine lenteur ou netteté du débit», lo cual es perfectamente aplicable al acento de intensidad.

³⁷ En ‘breve’ habría que entender todo el proceso histórico de abreviación vocálica latina, que presenta diversos grados: vocal larga>vocal breve; vocal breve>vocal con metafonía; vocal con metafonía>síncopa o apócope (en determinadas condiciones fonéticas). Por otro lado, hay lenguas con acento tradicionalmente considerado intensivo que mantienen

evidente, esto no es así. Para explicar, entonces, el fenómeno que da lugar a formas del tipo *dexter*<**dexiteros*, *hospes*<**hostipotis/-petis*, *anceps*<**ambicaputs*³⁸, *amāt*<**amāti* o *perficiunt*<**perfacionti* se recurre a expresiones tan vagas como ‘dinámica de la palabra’, ‘perfil sonoro’ o ‘tendencia economizante’³⁹, todas de sello estructuralista, interesantes, sin duda, pero incapaces de explicar el proceso fonético que hace que la vocal [ã] de **perfacionti* acabe pronunciándose [ĩ] o que la primera [ĩ] de **hostipotis* llegue a desaparecer, si éstas han sido siempre las vocales tónicas de cada palabra. De nuevo aparece el binomio acento intensivo-inicial, aparentemente indisociable. En realidad, de haber existido un acento únicamente musical o intensivo, su posición en la palabra no dependería de esa característica sonora. Por otra parte, si se acepta —y parece aceptable— que no es la intensidad la causante en latín de esas transformaciones vocálicas y, en menor medida, consonánticas, la lógica exige no aceptar que la ausencia de éstas —en griego, p. ej.— sea índice de la presencia de un acento musical.

En este apartado habría que incluir el problema suscitado por la realización del recitado o canto de la poesía antigua. Según la escuela francesa, en las lenguas de acento intensivo es precisamente éste el instrumento empleado en la creación del ritmo musical. En latín —al menos en época clásica y como préstamo de modelos griegos— es la alternancia regular y sistemática de sílabas breves y largas el medio utilizado en la composición poética. Y ambas cualidades (intensidad y cantidad) estarían en contradicción. No voy

una oposición vocálica de cantidad: alemán, inglés, irlandés, islandés, etc. El que en latín haya vocales largas en interior o final de palabra se debe a la necesidad de mantener diferencias gramaticales fundamentales: p. ej. el pr. *perficimus*<**perfácimos* se confundiría con el pf. *perfēcimus*, de haberse abreviado la [ē] en [ē̄]>[ĩ] en sílaba abierta. Pero, lo que es más importante, la característica temporal de muchos perfectos ‘fuertes’ con alternancia vocálica o la del impf. de indicativo en *-bā-* (si *amabāmus* hubiese evolucionado hacia ***amabāmus*>*amabimus* se confundiría con el fut.) quedaría inutilizada. Otro tanto ocurriría en la flexión nominal: *rosa* / *rosā*, *avis* N. G. sg. / *auīs* A. pl. Los procesos de cambio en cualquier lengua se ven constreñidos por fuerzas opuestas de equilibrio que actúan en favor de la distinción y claridad del sistema.

³⁸ A. Ernout-A. Meillet, *Dictionnaire étymologique de la langue latine. Histoire des mots*, París 1994 (reimpr. de 1959⁴), ss.uu.

³⁹ Véanse los trabajos de P. Monteil, *Elementos de fonética y morfología del latín*, trad. de C. Fernández, Sevilla 1992, pp. 113 s.; J. A. Enríquez, «Apunte sobre el problema de la apofonía vocálica en latín», *Actas del III Congreso Español de EECC*, Madrid 1968, vol. III, pp.85-91; A. Martinet, *Economía de los cambios fonéticos. Tratado de fonología diacrónica*, trad. de A. de la Fuente, Madrid 1974, p. 241.

a entrar siquiera a tocar el tan controvertido tema del *ictus*⁴⁰. Sin embargo, negando la mayor, diré que en el recitado o, más aún, en el cantado de unos versos el acento léxico no tenía, en época clásica, ninguna función rítmica y ésta dependía exclusivamente de la alternancia de sílabas breves y largas, produciéndose entre ambos, en algún caso particular, una coincidencia debida a las normas acentuales del propio latín (p. ej. en la cláusula del hexámetro en que, en el 5.º dácilo, coincidían acento y tiempo marcado del pie por tener la estructura prosódica $\acute{\text{ } } \sim \sim$). Habría que tener en cuenta, de nuevo, que el lenguaje poético es una realización muy específica y especial de la lengua, que se sirve de medios que no tienen por qué ser los usuales en un registro, por así decirlo, menos marcado, y que va acompañado de elementos extralingüísticos que refuerzan la percepción rítmica (instrumentos rítmicos y melódicos, la danza, etc.).

c) Como añadidura y curiosidad, citaré otra pretendida prueba de que el acento en latín —histórico y prehistórico— debía ser forzosamente musical. Se trata de la secuencia lógica que se establece entre IE y latín: como ésta es una lengua que desciende del IE y «dado que es un hecho reconocido que el acento primitivo IE era musical»⁴¹ es menos traumático aceptar la herencia acentual de madre a hija. Pero la invalidez del argumento de anillo, mediante el cual A se explica por B y B por A, es patente.

3.2.2. Los defensores del acento de intensidad —la ‘escuela alemana’— se basan en dos argumentos, en parte vistos ya, pero con un enfoque lógicamente opuesto al del otro grupo de estudiosos⁴².

⁴⁰ Sobre la cuestión hay una buena exposición reciente en J. Luque, *ARSIS, THESIS, ICTVS. Las marcas del ritmo en la música y en la métrica antiguas*, Granada 1994, pp. 27-95.

⁴¹ Palabras de A. Bernabé en F. R. Adrados-A. Bernabé-J. Mendoza, *Manual de lingüística indoeuropea*, Madrid 1995, vol. I, p. 394. Contra esta idea v. Halle-Vergnaud, *o. c.*, p. 84, en donde se define el acento IE como *stress* (intensivo) y *left-most* (protosilábico). Me parece prejuicio lingüístico el fatalismo que supone que las lenguas clásicas (latín, griego, sánscrito) evolucionaron todas de tener acento musical a tener uno intensivo, sin que se sepa bien por qué no pudieron continuar —siquiera una de ellas— con su primitiva y mágica altura musical.

⁴² Es curioso que, mientras que los defensores del acento musical, por lo general, no aceptan en él constituyente alguno de intensidad, los partidarios del acento intensivo no le niegan la presencia de una cierta tonalidad.

a) Por un lado aluden a los efectos producidos en las vocales medias y finales —abreviaciones, metafonía de vocales breves y, en última instancia, reducción al cero fonético (síncopas y apócopas)⁴³— como resultado de la acción de un acento inicial fuertemente intensivo, al menos para una época prehistórica, que posteriormente se hizo dependiente de la cantidad silábica de la penúltima.

En este punto necesito volver a recordar que, aun creyendo que fuera posible la existencia de un acento únicamente intensivo, tal rasgo sería totalmente independiente de su posición fija (inicial, media o final) o libre. El defender un acento inicial para el latín prehistórico no tiene por qué implicar la defensa de su carácter intensivo en absoluto. Por otra parte, si echamos una ojeada rápida a las lenguas modernas, de las que sí se puede hablar con precisión fonética, encontramos ejemplos que desmienten la importancia de la intensidad en la reducción vocálica de las lenguas que la experimentan. Por no ir más lejos, dentro de las románicas tenemos casos de lenguas con metafónias pre y postónicas (neutralizaciones, reducciones, síncopas) al lado de otras que muestran mayor resistencia al debilitamiento vocálico, sin que esa diferencia se deba a una mayor o menor intensidad del acento de unas y otras, respectivamente. Si se hace una descripción sincrónica, en el primer grupo se incluirían el portugués y el catalán, lenguas en que las vocales pre y postónicas experimentan neutralizaciones o, incluso, pérdidas, frente al italiano y el castellano, más conservadoras en este punto. En esquema: [a]-[e]>[ɐ] o [ə] y [o]-[u]>[u]: port. cat. *casa* ['kaɐ] / it. ['kaza], cast. ['kasa]; port. *cavalo* [kə'vaɫu], cat. *cavall* [kə'βaɫ] / it. *cavallo* [ka'vallo], cast. caballo [ka'βaɫo], etc.⁴⁴ Para explicar este fenómeno, siguiendo los postulados de la escuela alemana para el latín, debería pensarse en un acento de intensidad más fuerte en catalán y portugués que en italiano y castellano, hecho que parece descartado por la fonética experimental. Además, siempre se encontrarían excepciones manifiestas a esa tendencia, p. ej., en port. *realidade* / it. *realità* < *realitate(m)*, etc.

b) Por fin, el otro argumento empleado por la escuela alemana se refiere a la polémica supremacía del acento intensivo en la versificación lati-

⁴³ V. n. 37. La vocal de la sílaba inicial también sufre, sólo si es breve, pequeños cambios condicionados por el contexto fonético: ante y tras [w], ante [r], [ŋ], [ʃ], etc. Las largas iniciales se mantienen intactas (excepto en el rarísimo caso de hiato: *flēo* / *flēre*).

⁴⁴ En portugués [ə] puede llegar a omitirse en una pronunciación rápida: en el ej. de *cavalo*, la realización exacta puede llegar a ser [k'vaɫu]; así también en los proclíticos: *para todos* [prə'toðu], etc.

na, que, incluso en los modelos métricos no autóctonos adoptados (griegos), estaría por encima del ritmo cuantitativo, que sería en buena medida extraño al latín⁴⁵. Sin embargo, negarles a los hablantes latinos la capacidad de percibir claras diferencias entre vocales -y sílabas- breves y largas es erróneo y sin sentido. Ya se ha visto que tal oposición es fundamental en la lengua latina, en el registro ‘normal’ de lengua hablada, y que con la música⁴⁶, que durante bastante tiempo debió de acompañar al recitado de los versos, el ritmo cuantitativo era sostenido y recalcado. Es cierto que la métrica latina clásica está enteramente tomada de Grecia. Si su estructura era tan extraña al oído latino, ¿acaso los poetas de Roma componían obras sin gracia y sin sentido rítmico para el auditorio?, ¿es que tan sólo unos cuantos privilegiados podían disfrutar y ‘entender’ el arte poético de los griegos? El hecho de que nosotros no manejemos la duración de los sonidos como constituyente básico (pero sí junto con otros) del ritmo no significa que otros no puedan haberlo hecho. La coincidencia entre acento de palabra y acento métrico (*ictus*) sólo en determinadas partes de determinados tipos de verso se debe a la conocida norma acentual propia del latín. Si la acentuación griega se estableciera en los mismos términos que la latina, en los versos griegos clásicos también se encontrarían numerosas coincidencias del mismo tipo. En ambas lenguas sólo a partir del momento en que la cantidad deja de ser pertinente es el acento léxico el que pasa a desempeñar el papel de marca rítmica, con mayor o menor brusquedad⁴⁷.

En definitiva, las poderosas razones aducidas por unos y otros no son en absoluto convincentes porque son interesadas, parciales (en sentido estricto) y poco realistas. Volviendo al comienzo de este apartado, la pregunta que servía de epígrafe resulta incorrecta por inadecuada. Es como si, tratando del

⁴⁵ E. H. Sturtevant, «The coincidence of accent and ictus in Plautus and Terence» y «The coincidence of accent and ictus in the Roman poets», *CPh* 14 (1919) 234-44 y 373-85; del mismo «The ictus in classical verse», *AJPh* 44 (1924) 319-38; E. Vandvik, *Rhythmus und Metrum. Iktus und Akzent*, Oslo 1937, entre los primeros. Sobre la compleja situación y las diferencias entre homodinia y heterodinia -coincidencia y disincidencia de acento e *ictus*- v. Luque, *op. cit.*, pp. 69 s. Para tener un elenco de las obras más importantes que estudian el asunto con diversos pareceres, v. el índice bibliográfico en pp. 243-52 del citado libro de Luque.

⁴⁶ Todo lo sencilla que se quiera. Por supuesto no estoy hablando de grandes masas instrumentales como las que acompañan hoy a los cantantes de cualquier género, sino de la música tradicional rural ejecutada con algún instrumento soplado —dulzaina, chirimía, flauta...— y un tamboril o un pandero.

⁴⁷ Luque, *op. cit.*, pp. 71-79. V. del mismo autor, *Evolución acentual de los versos eólicos en latín*, Granada 1978.

fonema /m/, se preguntase: «¿/m/ nasal o /m/ sonora?». Si un gramático latino sólo hablase de la sonoridad de /m/, sin hacer mención de su nasalidad, a nadie se le ocurriría suponer que tal vez el fonema /m/ no era nasal en latín. La aparente oposición de los dos tipos de acento es, como ya se ha visto, más artificial y buscada que real. No hay acentos tonales o intensivos exclusivamente; o, dicho en positivo, todos los acentos son tonales e intensivos simultáneamente, es decir, acentos sin más. Lo contrario es pura especulación fantástica.

Termino con las palabras finales de Liénard, que, me parece, son reveladoras de dónde se encuentra el verdadero problema del acento latino: «... *locus desperatus* d'une langue artificielle, fabriquée par des littérateurs hellénisés... et imposée par un *consensus* qui n'a manqué ni de vigueur ni de persistence»⁴⁸.

4. Los hechos en irlandés⁴⁹

El acento en irlandés antiguo recaía siempre sobre la vocal de la primera sílaba de cualquier palabra tónica —fuera quedan los elementos proclíticos y enclíticos: preposiciones ante su régimen, artículos, pronombres posesivos y algunos demostrativos (*so*, *seo*)—, fuese simple o compuesta. Esto sucedía incluso en voces foráneas, como lo demuestra el tratamiento dado a los préstamos latinos: *aiccent* < *accentus*, *corgus* < *quadragesima*, *apstal* < *apostolus*, *felsub* < *philosophus*, *sechtmon* < *septimana*, etc.⁵⁰

No obstante, había una serie de excepciones a esta regla que se pueden resumir en la clase de verbos compuestos con uno o más prefijos. En reali-

⁴⁸ Liénard, *op. cit.*, p. 560.

⁴⁹ No es éste el lugar para hacer una descripción fonética siquiera somera de una lengua que con el francés y el inglés presenta quizá, entre las europeas, la evolución más radical de su inventario fónico. Para caracterizarla dentro de la familia del IE y aun en el grupo del celta, diré que muestra una acusada tendencia a la lenición consonántica (fricativización de sordas y sonoras) en posición intervocálica (dentro de la palabra y, por *sandhi*, entre palabras) así como una peculiar sistematización de la palatalización, que afecta a consonantes y vocales contiguas, de modo que siempre han de estar en contacto consonantes palatales con vocales palatales y consonantes neutras con vocales no palatales, fenómeno que se resume en la regla *caol le caol agus leathan le leathan* «estrecho con estrecho y ancho con ancho». A estas dos particularidades hay que añadir el alto grado de dialectalización que ha experimentado en los últimos cuatro siglos.

⁵⁰ Los ejemplos del ir. antiguo están tomados de R. Thurneysen, *A Grammar of Old Irish*, Dublín 1946, pp. 27-30 y 570.

dad, la diferencia estriba en lo que ya Pokorny señaló al hablar de composición *echt* y *unecht*⁵¹, esto es, genuina o propia e impropia. Los verbos compuestos con una preposición llevan el acento en la segunda sílaba (excepto en el imperativo, en que el acento se retrotrae si no hay un pronombre infijado), o lo que es lo mismo, en el lexema verbal: *do'moiniur* 'pienso' <*to-moneor 'hacia-pienso' (cf. lat. *men-tis*, *me-min-i*), *as'biur* 'digo' <*eks-bherō, *ar'lega* 'recita' <*peri-legat, etc. Los compuestos con dos o más preposiciones lo llevan sobre la segunda sílaba, que resulta ser siempre una preposición: *do'formaig* 'aumenta' <*to-for-magit 'para-sobre-agranda', *con'tochmairt* 'tú has deshecho' <*com-to-com-arit 'con-hacia-con-has deshecho' (cf. *arare*), etc.

Diferencia fundamental se da aquí entre latín e irlandés. El primero trata los prefijos como parte integrante de la palabra, perfectamente soldada al lexema verbal (*súscipit/suscépit*, *discónuenit/disconuénit*, *compromíttit*, *re-córrigit*...). El otro, en cambio, considera el prefijo como parte integrante del verbo, pero, tal vez inconscientemente, le concede cierta autonomía léxica, hasta el punto de aceptar el uso de pronombres infijados: *atbiur* 'lo digo' <*as-d-biur, *fortgillim* 'lo atestiguo' <*for-d-gillim⁵². El resto de compuestos verbales, clasificables como impropios, no son sino verbos precedidos por partículas que forman unidad fonético-sintáctica con ellos, de ahí que en ir. antiguo (no así en el actual) se escriban juntos con un punto alto en medio que, a los ojos del lector, los une y separa a la vez⁵³. Estos mal llamados preverbios son: las partículas de pasado *ro/ru* y *no/nu*, las partículas negativas (*ni*, *na*, *nad*) las interrogativas (*in* —lat. *an*— y *co* '¿cómo?'), las conjunciones afirmativas (*ara*ⁿ 'para que', *dia*ⁿ 'si', *co*ⁿ 'que, para que') y las negativas (*mani* 'si no', *ceni* 'aunque no', *conil'cona* 'que no' y *arná* 'para que no'), así como las preposiciones unidas al relativo (*s*)^a (*ar-a*, *dí-a*, *fu-a*, *for-a*, *cos-a*, *tris-a*).

⁵¹ J. Pokorny, *Altirische Grammatik*, Berlín 1925, pp. 13s. En similares términos —*close* y *loose composition*— se expresan H. Lewis-H. Pedersen, *A Concise Comparative Celtic Grammar*, Gotinga 1989 (reimpr. de 1974³), pp.246 s.

⁵² En latín ocurre algo parecido con los compuestos de *facio* del tipo *calefáciit/calefít*, *tepefáciit/tepefít*, etc, que contravienen la ley de la penúltima y de la baritonesis. Se trata de compuestos tardíos por yuxtaposición, que admiten combinaciones inusuales como *ferue bene facit* de Catón (*agr.* 157, 9) y *consue quoque faciunt* o *excande me fecerunt* de Varrón (*rust.*, 2, 9, 13 y 3, 4, 1.), aparte del ejemplo que aparece en Lucrecio 6, 233 *rareque facit*, con tmesis menos llamativa por la presencia del enclítico *-que*. El fenómeno en general se puede concebir más como resto de un uso remoto que como construcción novedosa.

⁵³ Thurneysen, *op. cit.*, p. 25.

Ésta es, en lo esencial, la situación heredada por el irlandés moderno⁵⁴. Hay que aclarar que las preposiciones pretónicas desaparecieron en ir. medio por aféresis (ir. mod. *fuasalaim* /'fu:əsə|ə m'/ 'yo suelto' del ir. ant. *dofuasilci* 'él deshace') o se han conservado reunidas todas bajo la forma *do-* que suele omitirse en la conversación y, a menudo, también por escrito (*do-chím* 'veo' > *chím*, del ir. ant. *adciú*; *do phós mé* 'me casé' > *phós mé*). Por lo tanto, se puede decir que todos los verbos se acentúan en la primera sílaba, excepto en los casos que más abajo se detallan y que los que en ir. ant. eran preverbios en el ir. de hoy no se consideran como tales en sentido estricto, y se escriben como las palabras independientes que son: *ní*, *ná*, *nach*, *dá*, *go*, *mara*, *cé ná*, etc. Hay que añadir algunos préstamos del inglés (*atornae* /ə'torne:/ 'apoderado, abogado' ~ *atúrnae* [α'tu:rne:] en Munster, *tobac(a)* /tə'ba:k(ə)/, etc.) así como algunos sustantivos y adjetivos con prefijos intensivos. Entre éstos se hallan *an-* 'muy', *ard-* 'estupendo', *barr-* 'de primera', *deá-* 'bueno', *dubh-* 'extremadamente' y *droch-* 'malo'. Todos ellos reciben el esperado acento en la primera sílaba, pero, además, el segundo elemento del compuesto lleva otro acento de igual importancia. Ej: *tá*

⁵⁴ He creído conveniente dar la transcripción de las palabras que sirven de ejemplo, en vez de indicar el acento con una tilde sobre la sílaba tónica que se podría confundir con el *apex* que marca cantidad vocálica larga. De esta manera se ofrece al lector un medio seguro de conocer la pronunciación de palabras con un aspecto, quizá, impronunciabile. He empleado los símbolos del IPA con la salvedad de las consonantes 'palatales', que son representadas de la forma usual entre celtistas /t', d', r', x', etc/. La transcripción es fonológica. Así, una representación fonológica /kat/-/kat'/ de *cat-cait* N. y G. sg., respectivamente, de 'gato' corresponde a diferentes realizaciones fonéticas que varían según los dialectos, o incluso, dentro de un mismo dialecto: [kʰat] - [kʰæt] en Donegal, en mayor o menor grado, frente a [kət] - [kæt] en Munster. La vocal y la consonante dental 'palatal' ofrecen una amplia variedad de pronunciaciones concretas. Una palabra como *baile* 'hogar, ciudad' que fonológicamente se representaría /'bal'ə/ puede equivaler a ['bæλə] o, incluso, ['bʷæλə] en Donegal, a ['bɔλi] en Munster. Del mismo modo, una /r'/ palatal puede realizarse como [j] vibrante retrofleja o [z] silbante retrofleja, según las regiones (en Donegal vocaliza en [j]), o incluso despojarse de su cualidad palatal y pronunciarse como una simple [r]. Además, en algunos dialectos las oclusivas sordas pueden eventualmente sonorizarse tras las fricativas /f, s, x/: *stábala* [(sda:b əl ə), *dochtúirí* [dox'du:ɾi], etc. De cualquier forma, se debe tener presente que la diferencia entre un símbolo fonético y el fonológico depende de si el sonido tiene carácter pertinente o no en irlandés. Para tener una visión global de la fonética del irlandés antiguo v. Thurneysen, *op. cit.*, pp. 27-113 y W. P. Lehmann, *An Introduction to Old Irish*, N. York 1975, pp. 8-10 y 45-7, así como la obra de J. Pokorny, *cit.*, pp. 7-33. En cuanto a la fonética del irlandés moderno v. M. Ó Siadhail, *Modern Irish: grammatical structure and dialectal variation*, Cambridge 1989, pp. 15-141 y C. Ó Dochartaigh, «The Irish language» en D. Macaulay (ed.), *The Celtic languages*, Cambridge 1992, pp. 11-99, esp. pp. 82-92.

mé anmhaith ‘estoy muy bien’ / (an(wah/ en lugar del esperado /’anwə/ de *an-* ‘muy’ y *maith* ‘bueno’. Por el contrario, los prefijos que no son enfatizadores reciben el acento principal sin que haya otro acento para el segundo elemento del compuesto⁵⁵. Son los siguientes: *ath-* ‘re-’, *do-* ‘imposible de hacer’, *so-* ‘fácil de hacer’, *mí-* ‘in-’, *neamh-* ‘in-’, *sean-* ‘arqueo-’, *leath-* ‘semi-’. Ej: *neamh-chiontach* ‘inocente’ /’n’ax’untəxt/ de *neamh-* ‘in-’ y *ciontach* ‘culpable’; *leath-amadán* ‘medio tonto’ /’l’ahəməda:n/ de *leath-* ‘semi-’ y *amadán* ‘tonto’, etc.

Ya aparecen aquí las diferencias que constituyen el verdadero meollo de los dialectos irlandeses. En los grupos dialectales de Connacht y Ulster (v. mapa) la distinción entre prefijos intensivos y no intensivos es clara. En Munster, por el contrario, unos y otros compuestos se acentúan como las palabras simples, según la norma que opera en los dialectos meridionales. Si tomamos un ejemplo de compuesto con vocal interior larga, veremos que la acentuación varía según la región en que se pronuncie: *leath-mhóisiam* ‘medio enfadado’ suena /l’a’wo:s’iəm/ en Munster y /’l’awas’iəm/ en Donegal. La vocal larga ha atraído el acento sobre sí en el primer caso, en el segundo se ha abreviado y ha cambiado de timbre en posición átona.

4.1. Es el acento y las consecuencias que su desplazamiento trae consigo la causa principal de todas las diferencias fonéticas entre unos y otros dialectos del ir. moderno⁵⁶. Dos son los cambios en la posición del acento experimentados por algunos de ellos⁵⁷. El que aquí nos interesa se puede resumir en la regla siguiente: «toda palabra tónica de dos o más sílabas se acentúa en la primera de ellas excepto si en la(s) otra(s) hay alguna vocal larga, en cuyo caso será ésta la acentuada». Esta afirmación es norma absoluta para todo Munster. Connacht presenta algunos ejemplos cuyo número es me-

⁵⁵ Situación en gran medida similar a la del verbo alemán, que distingue dos series de prefijos: los intensivos (*be-*, *emp-*, *ent-*, *er-*, *ge-*, *ver-*, *zer-*) que son átonos (excepto *miß-*) e inseparables del lexema verbal y los preposicionales (*ab-*, *an-*, *auf-*, *aus-*, *ein-*, etc) que son tónicos y separables.

⁵⁶ Como señala O’Rahilly, *op. cit.*, p. 83.

⁵⁷ Uno de ellos consiste en el paso de la primera a la segunda sílaba cuando ambas tienen vocales breves y presentan la secuencia sonante (nasal o líquida) + /b, v, f, m, x, g/. Por ej: *bolgam* ‘bocado’ /’bɔləgəm/ con *svarabhakti* > /’bɔləgəm/. El fenómeno —ocurre, básicamente, en Munster— se explica por armonía vocálica entre la vocal tónica y la postónica /’bɔləgəm/, que habría dado lugar a una metátesis del acento debida a un proceso fonético inverso al de la anaptixis entre la sonante y la oclusiva: /’bɔləgəm/ > /bə’lɔləgəm/ > /’bɔləgəm/. Para los detalles v. Ó Siadhail, *op. cit.*, pp. 27s. y Lewis-Pedersen, *op. cit.*, p. 93.

nor a medida que se avanza hacia el norte de la isla (Donegal). El cambio se produjo entre los siglos XIII y XVI, de manera que puede decirse que hacia los comienzos del ir. moderno la metatonía estaba asegurada en las regiones del sur⁵⁸.

La definición de esta regla engloba numerosos ejemplos que, por las características peculiares del ir., no tienen paralelo en latín, por lo que, para una mayor claridad, consideraré sólo aquellos que se ajustan más al rígido patrón acentual latino y luego anotaré las limitaciones de la comparación. He aquí algunos ejemplos con las diferencias entre los dialectos del norte y los del sur:

a) tipos $\check{a} \check{a} \bar{a} / \bar{a} \check{a} \check{a} / \check{a} \bar{a} \check{a}$	Munster	Donegal
<i>saighdiúrí</i> 'soldados'	/səi'd'u:r'i:/	/sæid'ur'í/
<i>caillíní</i> 'niñas'	/ka'l'i:n'i:/	/kæl'in'í/
<i>ógánach</i> 'juventud'	/o:'ga:nəx/	/o:ganax/
<i>Cúlánach</i> '(llamado) Ó Cúláin'	/ku:'la:nəx/	/ku:lanax/
<i>crománach</i> 'alto y desgarbado'	/krə'ma:nəx/	/kromanax/
<i>guilpíneacht</i> 'devorar'	/gil'p'i:n'əxt/	/gil'p'in'axt/
<i>gluitéara</i> 'glotón'	/gli't'i:ə rə/	/glit'ar ə/
<i>bocóideach</i> 'hinchado (de viento)'	/bə'ko:d'əx/	/bokad'ax/
b) tipos $\bar{a} \check{a} \bar{a} / \bar{a} \check{a} \check{a} / \check{a} \check{a} \check{a}$		
<i>méaracán</i> 'dedal'	/m'i:ərəkɑ:n/	/m'ɛ:rəkɑn/
<i>péileacán</i> 'mariposa'	/p'ail'əkɑ:n/	/p'ɛ:l'əkɑn/
<i>dréimire</i> 'escalera'	/d'r'aimir'ə/	/d'r'ɛ:mir'ə/
<i>gearrchaile</i> 'jovencita'	/g'a:rxəl'ə/	/g'a:rxəl'ə/
<i>dlisteanach</i> 'legítimo'	/d'l'is't'ənəx/	/d'l'is't'ənax/

⁵⁸ O'Rahilly, *op. cit.*, p. 87, atribuye el cambio a una influencia del superestrato anglo-normando (ss. XII-XIII) que habría afectado totalmente al sur y, en menor medida, al oeste y norte de Irlanda. No es probable que la presencia de los invasores forzara a adoptar una acentuación extraña a los oídos de los nativos. Es bien sabido que los préstamos léxicos en su inmensa mayoría (excepto algún marcado cultismo) son adaptados fonéticamente a su propio sistema por los pueblos que los reciben. El préstamo fonético de un superestrato es rarísimo (v. Tagliavini, *op. cit.*, p. 365). Por otro lado, la tendencia tiene algunos ejemplos en Donegal, que se pueden explicar mejor por evolución interna del propio ir. que por —lejanísima— mediación foránea.

De los dos cuadros anteriores se deduce lo siguiente:

- a) Cuando la penúltima vocal es larga, en Munster lleva el acento; en Donegal se mantiene la acentuación protosilábica (con la ulterior abreviación de la larga postónica y la particularidad de que /o:/ átona >/a/).
- b) Cuando la penúltima vocal es breve, tanto en Munster como en Donegal el acento cae sobre la antepenúltima (primera en estos ejemplos).

En Connacht (dialectos de Galway, Connemara y Mayo) la situación es de compromiso, porque participa, como región intermedia que es, de una y otra postura. De hecho, el este del grupo (Cois Fhairrge) está acentualmente más cerca de Munster que de Donegal. El cambio, que es en gran medida opcional⁵⁹, se da sólo cuando la primera vocal es breve y va seguida de /l(ˀ)/ o /r(ˀ)/ precediendo una vocal larga /a:/, /e:/, /o:/. Ej.: *coróineach* G. de 'corona' /'kru:nˀəx/ < /kə'ru:nˀəx/ < /kə'rɔ:nˀəx/; *paráiste* 'parroquia' /'pra:sˀtˀə/ < /pə'ra:sˀtˀə/; *coláiste* 'facultad, colegio' /'kla:sˀtˀə/ < /kə'la:sˀtˀə/ que coexiste junto a /'ko-la:sˀtˀə/, etc. Connacht presenta el cambio en sus primeros momentos, tal como debió de producirse, antes y con mayor extensión, en Munster.

4.2. A pesar de que el paralelo entre el ir. meridional y el latín, a efectos de acentuación, es patente y no precisa más prueba que la ofrecida a la vista por los ejemplos mismos, deben señalarse algunas limitaciones a la comparación, debidas a las propias circunstancias evolutivas de la lengua irlandesa. En primer lugar, a diferencia del latín, la cantidad consonántica no ejerce ninguna acción en la posición del acento. Aunque la penúltima sílaba sea cerrada, sólo si ésta contiene una vocal larga provocará el desplazamiento del acento desde la primera. Sin embargo, esta objeción al paralelismo entre ambas lenguas tiene menor importancia de lo que pudiera parecer a simple vista.

Repasando la historia interna del ir., se aprecia la notable tendencia a la reducción de los grupos consonánticos interiores de palabra, bien mediante el desarrollo de una vocal de apoyo (*svarabhakti*) en unas condiciones fonéticas determinadas⁶⁰, bien eliminando uno de los dos sonidos y alargando la vocal anterior por compensación (*éan* 'pájaro' < ir. ant. *én* < **ētn* < IE**pet-*

⁵⁹ Ó Siadhail, *op. cit.*, p. 33.

⁶⁰ Entre una sonante /l, r, n/ y una oclusiva o fricativa sonora no homorgánica y ante /m/; v. n. 57.

na), o por el proceso de fricativización de las oclusivas mediales que pueden dejar un resto vocálico como segundo elemento de diptongo (*aidhmad* ‘madera’ /'aiməd/, *foghlaím* ‘aprender’ /'fowlə m'/ > /'fo:lə m'/, *amhrán* ‘canción’ /'au:ra:n/) o asimilarse entre sí (*céanna* < *céadna* ‘mismo’ /'k'e:nə/). En definitiva, los grupos de consonantes interiores en ir. moderno se ven reducidos a unos escasos ejemplos en los compuestos⁶¹, que siguen la acentuación protosilábica, y los casos en que se crea un grupo interior por la adición de un sufijo tras una consonante que era final (*sábháilte* ‘salvado’ < *sábháil* ‘salvar’ + *-te* sufijo de part. pasivo), en cuyo caso se mantendría la acentuación de la forma radical (en este ej. /sa:'wa:l't'ə/ en Munster y /'sa:wal't'ə/ en Donegal).

Por otro lado, la ortografía del ir. moderno es muy conservadora y no refleja fielmente la pronunciación real de las palabras que representa. Esto hace que las voces de tres o más sílabas —las únicas en que se puede hablar de penúltima y antepenúltima— existan, en su mayoría, tan sólo en apariencia, dándose una mayoría de bisílabos y monosílabos. Ej: *láimhsiughadh* ‘manejo’ suena /'la:v's'u:/, *tábhairne* ‘taberna’, préstamo del latín, /'ta:r'n'ə/ o /'tawr'n'ə/, *nigheann* ‘(él) lava’, aparentemente bisilábico, /n'i:n/, etc.

5. Los hechos en latín. Conclusión

La regla escolar es simple. Quintiliano la explicita con todo detalle en el pasaje ya citado (1, 5, 30-1), que merece la pena reproducir en su totalidad por incluir la ley de la penúltima junto a las leyes del trisilabismo y de la baritonesis (subrayo la de la penúltima):

Namque in omni uoce, acuta intra numerum trium syllabarum continetur, siue eae sunt in uerbo solae siue ultimae, et in iis aut proxima extremae aut ab ea tertia. Trium porro, de quibus loquor, media longa aut acuta aut flexa erit; eodem loco breuis utique grauem habebit sonum, ideoque positam ante se, id est ab ultima tertiam, acuet. Est autem in omni uoce utique acuta, sed numquam plus una nec umquam ultima, ideoque in disyllabis prior. Praeterea numquam in eadem flexa et acuta, quoniam est in flexa et acuta; itaque neutra cludet uocem Latinam. Ea uero quae sunt syllabae unius erunt acuta aut flexa, ne sit aliqua uox sine acuta.

⁶¹ Ó Siadhail, *op. cit.*, p. 20.

La modulación de las vocales en función de su cantidad y de su posición en las sílabas penúltima o antepenúltima no es de interés en este momento⁶². Las palabras de Quintiliano pueden resumirse en la siguiente definición, que recuerda la vista a propósito de la regla acentual del grupo de dialectos ir. de Munster (en 4.1): «si la penúltima sílaba es larga, lleva el acento; si es breve, el acento recae en la antepenúltima»⁶³. Lo que, representado en una fórmula, sería: **S:’Ā/Ā C:S** frente a **’S:Ā:S** (siendo **S**= sílaba, **:**=límite silábico, **C**=consonante). Curiosamente, la famosa ‘ley de la penúltima’ o acento parateleutónomo debería llamarse con mayor propiedad ‘ley de la antepenúltima’. Efectivamente, aunque parezca que el acento latino se fija según la cantidad silábica de la penúltima, en rigor está fijado en la antepenúltima y, sólo en el caso de que la siguiente sea larga por ‘posición’ o por ‘naturaleza’, es decir, contenga una vocal larga sin trabazón consonántica o breve con trabazón⁶⁴, el acento se ve atraído a ese lugar. Así las cosas, parece que los términos son justamente los inversos: la norma es que el acento caiga en la antepenúltima. Lo que tradicionalmente se ha considerado una ley fonética no es sino la excepción a esa misma regla.

La diferencia entre la ley acentual del latín y la del ir. de Munster se encuentra, como ya quedó dicho, en la irrelevancia de la cantidad silábica en el segundo. En latín, en lo que a la prosodia se refiere, el grupo tautosilábico **ĀC** tiene el mismo valor que **Ā** y constituye lo que tradicionalmente se ha denominado sílaba larga ‘por posición’. La voz latina *positio*, que traduce directamente el griego θέσις, es una mala interpretación del significado del original, que no es ‘posición’ sino ‘convención’, ‘acuerdo’, como término filosófico opuesto a φύσις. De ahí ha venido el error, presente incluso en nuestros días, de pensar que la vocal breve de estas sílabas se alarga por posición

⁶² Véase al respecto X. Ballester, *op. cit.*, pp. 312-8.

⁶³ Para las aparentes excepciones a la ley —las palabras con enclíticos, los compuestos de facio, el caso de *Valéri*, los oxítonos del tipo *Arpinás*, etc.— v. Bernardi Perini, *o. c.*, pp. 38-57. Sobre una acentuación de las voces con enclíticos diferente de la escolar v. Allen, *Accent and rhythm...*, pp. 159-61; una explicación estructural de *Valéri* puede verse en S. Mariner, «Una paradoja fonemática: *Váleri/Valéri*», *Helmantica* 17 (1954), 141-65.

⁶⁴ Allen, *Accent and rhythm...*, p. 53, llama a este tipo de sílaba ‘heavy’. Si además de vocal larga hay una consonante tautosilábica, entonces se la denomina ‘hypercharacterized’. A efectos de acentuación, la unión de una vocal larga y una consonante en la misma sílaba es redundante, como ya pensaba el autor de la obrita anónima *De ultimis syllabis*, que dice lo siguiente sobre las sílabas largas por naturaleza (Keil IV 256, 18-9): *saepe tamen inuenitur positiio in syllabis natura longis; sed si naturaliter producuntur, positionem superfluum habebunt.*

ante la consonante que la cierra⁶⁵. Que esto no es así lo prueban evoluciones fonéticas como *tēmpus* > cast. tiempo, que del otro modo habría dado **tempo. Sin embargo, modernos experimentos fonéticos han demostrado que, si bien no hay en absoluto un alargamiento de la vocal breve de una sílaba cerrada, tampoco es razonable ver en las sílabas largas por posición una mera convención poética sin razones lingüísticas que la sostengan⁶⁶. Parece ser que las consonantes que cierran una sílaba, esto es, las que se hallan en posición implosiva⁶⁷, forman con la vocal precedente una unidad coherente similar a lo que llamamos diptongo o, incluso, a una vocal larga⁶⁸.

Tomadas en consideración estas premisas y habida cuenta del paralelismo existente entre la evolución del patrón acentual del ir. moderno y la norma latina clásica, creo posible afirmar, con el margen de duda que la propia falta de testimonios que lo aseguren explícitamente presenta, que en el latín prehistórico⁶⁹, esto es, anterior al s. VI, el acento -sin adjetivos esencialistas- recaía sobre la primera sílaba de todas las palabras tónicas, fuesen bisílabas o polisílabas. En aquellas especialmente largas —y habría que saber hasta

⁶⁵ *Comm. Einsidl.* Keil VIII 226, 9-12: *dicta ergo positio a ponendo, eo quod poetae artificialiter composuerunt, ut brevis uocalis... ex correpta queat esse producta.* En el mismo sentido, Servio Keil IV 423, 14-7: *omnes autem syllabae a uocalibus suis incipiunt habere tractatum, atque inde exordium sumunt. consonantes enim quae sequuntur ipsi syllabae imputantur; praecedentes autem non ipsi, sed aut uacabunt aut superiorem breuem iuuabunt.*

⁶⁶ J. D. O'Connor, *Phonetics*, Harmondsworth 1973, en la lámina 13 reproduce el espectrograma del sintagma inglés *Penguin linguistics*. En él se aprecia que las oclusivas explosivas [p, g, t] son las de menor duración, seguidas por la semiconsonante [w] y la líquida [l], de duración algo menor que las vocales breves [e], [i]. Los sonidos más largos, según el espectrograma, son, precisamente, [n] y [s], que cierran las sílabas.

⁶⁷ Que tienen tensión decreciente y son, por eso mismo, prolongables; v. Gili Gaya, *op. cit.*, p. 97.

⁶⁸ X. Ballester, *Fonématica del latín clásico. Consonantismo*, Zaragoza-Barcelona 1996, p. 108, n. 1. Monteil, *op. cit.*, p. 65 s.: «una consonante final de sílaba vale siempre una breve, ya se trate de oclusiva instantánea o de fricativa continua... Pero una sílaba cerrada será larga aun llevando una vocal breve, añadiéndose la breve que representa la consonante a la breve que representa la vocal».

⁶⁹ De hecho, las inscripciones más antiguas —fíbula prenestina, *lapis Satricanus*— muestran algunas palabras que inducen a pensar que el acento histórico en los primeros momentos era aún inicial, puesto que no parece que se haya producido todavía la metafonía que luego se generalizó en latín: NVMASIOI —por NVMERIO y MAMARTEI —por MAMERTI. Un reciente trabajo de conjunto sobre todas ellas con una crítica del especial problema de la autenticidad de la fíbula prenestina puede verse en P. Flobert, «L'apport des inscriptions archaïques à notre connaissance du latin pré littéraire», *Latomus* 50 (1991) 521-43.

qué punto, de existir, se producían compuestos del tipo *miser cordia*— seguramente había, como en época histórica, un acento secundario que facilitase su pronunciación, con la diferencia de que lo que en lat. prehistórico era secundario pudo pasar a ser principal en época histórica y, viceversa, con el tiempo lo principal resultó ser secundario. Algo similar a lo que ha sucedido en una lengua moderna como el inglés, que en palabras del tipo (*'hyperac tivity* ha pasado a la acentuación *'hyperac tivity*, aunque lo normal en la conversación es *hyperac tivity*, que es justo lo contrario de lo original (' es acento principal y , secundario)⁷⁰.

En un segundo momento, posterior a los primeros documentos latinos conservados, el acento recaía en la sílaba que contuviese una vocal larga, sin tener en cuenta la cantidad silábica, como sucede en irlandés. En el caso de que ésta fuera la penúltima, quedaba fijado definitivamente en ella. Convivían, pues, la acentuación inicial y la parateleutónoma, según fuese una u otra la estructura prosódica de las palabras⁷¹.

Por último, probablemente no mucho después, la cantidad silábica pasó a tener relevancia en la acentuación y con ello se llegó a la conocida situación del latín literario. En esquema:

	IRLANDÉS (MUNSTER)	LATÍN
1 ^{er} estadio	protosilábico	protosilábico
2.º estadio	protosil./parateleutónomo si \bar{A}	protosil./parateleutónomo si \bar{A}
3 ^{er} estadio	?	parateleutónomo si $\bar{A}\bar{C}$

⁷⁰ La tendencia tiene su origen ya en el inglés contemporáneo, entre las clases más jóvenes de hablantes, pero se va generalizando paulatinamente en todos los niveles sociales; v. F. Fernández, *Historia de la lengua inglesa*, Madrid 1982, p. 161.

⁷¹ Ésta es, en su núcleo, la sugerente hipótesis de X. Ballester, «La posición del acento prehistórico latino», *Emerita* 58 (1990), 33-50. Parece ser plausible y defendible tipológicamente en función de los hechos del ir. de Munster. Ballester, sin embargo, no cree que hubiera anteriormente en latín un acento inicial en palabras con vocales largas interiores.

